

OTOCAR. Por Dios que lo creía; pero si me engañé tanto peor, porque sois singularmente hermosa; aunque mas bien, tanto mejor, pues al veros entrar, dije para mí al fuego de esos ojos hechiceros va á derretir toda mi vajilla de oro.

ALIX. No es eso, señor, lo que vengo á pedir.

OTOCAR. ¿Pues qué me vais á pedir? Porque en verdad que mi vajilla es la mas preciosa prenda que poseo. Acáso no la habreis mirado bien.

ALIX. Quiero que me escuchéis sin burlaros, porque lo que tengo que decir vos puede excitar compasion á horror, pero desden no.

OTOCAR. Os escucho como si tuviera el peligroso honor de ser vuestro confesor.

ALIX. Mucho tiempo hace, señor, que vuestro nombre empezó á conturbar mi espíritu: todos los dias os han aborrecido mortalmente; todos los dias os oia nombrar con terror, á tal punto que hacia la señal de la cruz cuando delante de mí se hablaba de V. A. Hace dos años, mis hermanos perecieron por órden vuestra; desde aquel momento, mi imaginacion ha estado invenciblemente fija en vos; vos érais el pensamiento constante de mis vigilias, el sueño de mis noches, vuestra imagen aborrecida agitaba todas las horas de mi vida. Nunca quise miraros, por miedo de reavivar aun mas la importunidad de aquella vision; en fin, mi odio llegó á ser tan vivo que resolví perderos, y para ello derramé toda mi cólera en el corazon de un mancebo que me amaba, y era un estudiante llamado Ulrico. Hostigado sin tregua por mí, ha rondado contra V. A. los hilos de una poderosa conspiracion, de la que ibais á ser víctima esta noche. Ulrico debia penetrar hasta vos por medio de una carta del doctor Staumer, y asesinaros.

Pues bien, esta tarde yo he robado vilmente esa carta, y me he propuesto para reemplazar á mi amante. ¿Me comprendéis, señor?

OTOCAR. ¿Pues no comprendo que viendo la muerte de Ulrico no menos segura que la mia, has preferido salvar la vida de tu amante á perderme, y vienes á pedirme su perdón.

ALIX. ¡No señor, no! La verdad es que cuando os vi pasar esta tarde, comprendí una terrible verdad. . . adiviné el secreto de todas las borrascas de mi alma. . . reconocí que si vos moriais, ¡yo no podría vivir, y que de dos años á esta parte, con todo el ardor de mi soñado odio, señor conde, os amaba! [Se oye detrás del tapiz un grito sordo, y luego el sonido de un cuerpo que cae al suelo.]

OTOCAR. Ved, hermosa niña, lo que pasa detrás de ese tapiz. [Alix levanta el tapiz, y al ver á Ulrico bañado en su sangre, cae desmayada.] ¡Hola! [Entrán los guardias.] Llevad á uno de los subterráneos de mi capilla á ese cadáver y á esa mujer desmayada; depositadlos uno junto á otro, y tapiad la puerta.—OCTAVIO FEUILLET.

SAN PEDRO DE ROMA.

BELLAS ARTES.

San Pedro de Roma es uno de aquellos edificios gigantes que reasumen en sí, no un siglo ó una época, sino una civilización entera; uno de aquellos edificios tan superiores á las obras ordinarias de los hombres, que al verlos está uno por preguntar si un artifice mas poderoso no ha sido su arquitecto; uno de aquellos edificios destinados, como las Pirámides y el Coliseo, á ver con ojos impasibles acumularse en alrededor de ellas las revoluciones y las ruinas, sin que el tiempo ni las revoluciones puedan destruirlos; uno de aquellos edificios tales que después de su construcción, Dios ha podido decir al genio de la humanidad: No irás mas allá.

Construido durante dos siglos, y en época del remordimiento de todas las artes, no hay en la tierra un solo monumento que haya pasado por tantas modificaciones como San Pedro de Roma: la historia del arte toda entera está escrita en su arquitectura, en sus pinturas y en sus estatuas. Es casi imposible dar con la palabra escrita una idea de aquella iglesia. Para apreciar bien lo que vale San Pedro de Roma, es preciso haberlo visitado; es preciso, al llegar á la ciudad eterna, haber visto de lejos su gigantesco cimborrio, que se alza en los aires como si lo sostuviera la mano de los genios; es preciso, antes de entrar en su recinto, haber recorrido aquella inmensa y magnífica columnata que forma su ingreso y para conocer todas las maravillas que encierra su interior, seria preciso examinarlas diariamente por espacio de muchos años. El artículo que vamos á dar sobre San Pedro de Roma, contendrá la historia del edificio y los principales detalles de su arquitectura; pero no nos lisonjemos de escribir sobre este asunto el trabajo completo, que exigiria muchos volúmenes y una vida entera.

La iglesia de San Pedro está situada en la extremidad noroeste de la ciudad de Roma, allende el Tiber, al pie del monte Vaticano, hacia el sitio donde se hallaban los jardines de Neron y la antigua via triunfal. Por los años de 323 de la era cristiana, Constantino el Grande hizo edificar en aquella plaza, una iglesia considerable que se alzaba sobre las reliquias de san Pedro, y de san Pablo; pero aunque aquella iglesia se reconstruyó muchas veces, aunque era de una rica arquitectura y ostentaba con profusion soberbios adornos, ya desde principios del siglo XV no estaba en armonia con el Vaticano y con los demás monumentos que el genio del renacimiento erigia en diferentes puntos

de Roma. El proyecto de construirla de nuevo sobre bases enteramente distintas había ocupado ya al papa Nicolao V, hombre de grandes empresas, sabio en la arquitectura y de espíritu muy elevado. Y no solo había formado proyectos: en la capilla situada detrás del altar mayor de la antigua basilica, había empezado á construir lo que se llama la *tribuna* en Italia, y nosotros llamaremos el hemiciclo. Bernardo Rosellini había dado los dibujos del nuevo templo, y ya se elevaba la construcción á cuatro ó cinco pies por el nivel del suelo cuando murió Nicolao V, con lo que pronto cayeron en olvido el proyecto y las construcciones. Sucedió esto á mediados del siglo XV.

A principios del XVI, Julio II, aquel grande hombre de pensamiento y de ejecución; aquel papa que fué el protector asiduo de todas las artes, al mismo tiempo que con su palabra hacia temblar al mundo; aquel poderoso ingenio que la Providencia envió expresamente para presidir á un siglo en el que debían brillar tantos grandes ingenios; Julio II quiso hacerse construir una sepultura, porque en medio de sus inauditas grandezas, y bajo la tiara del soberano pontífice, siempre tenía delante de sus ojos la idea de la muerte, esa idea que nunca deben abandonar el fiaco y el fuerte. Basta nombrar al artista que eligió para ejecutar aquella sepultura, para dar juntamente una idea de la sagacidad de su gusto y de la belleza del proyecto que fué presentado: aquel artista era Miguel Angel. Miguel Angel, buscando un terreno para la sepultura que iba á construir, halló la *Tribuna* de Nicolao V, y propuso al papa terminar aquella construcción y cubrirla por una suma de cien mil escudos romanos.—*Descientos mil dará si es preciso*, respondió el papa muy contento, é inmediatamente encargó á dos célebres arquitectos de su tiempo, Julian de San Gallo y el Bramante, que examinasen el local é hiciesen los dibujos.

Muchas veces una idea conduce á otra: esta despertó en el ánimo de Julio II el gran proyecto de la reconstrucción de San Pedro, y ya no se pensó en la tribuna de Nicolao V más que para adoptar en su totalidad el plan de que ella había sido una pequeña parte. Julio II consultó á los mas hábiles arquitectos de su siglo, pero en realidad la competencia se sostuvo solamente entre Julian de San Gallo y el Bramante: este último salió vencedor, y entre un gran número de proyectos que propuso, el papa designó uno con arreglo al cual se principió el edificio. Pasó esto en el año de 1503, y esta es verdaderamente la época de que data la construcción de San Pedro.

El dibujo de Bramante, adoptado por Julio II, se llevó á ejecución con una osadía y una impetuosidad de que solo el artista y el pontífice eran capaces. Demolido completamente la antigua basilica, puso Julio II la primera piedra de la nueva en el sitio donde está el pilar de la *Santa Verónica*. Pronto se alzaron los pilares de la media naranja: hicieronse los cuatro grandes arcos y se terminó el hemiciclo del fondo; pero las proporciones del plan de Bramante

no estaban bien combinadas, de modo que el solo peso de las bóvedas hizo flaquear por todas partes sus sostenes, y que todavía no tenía el edificio, en la parte destinada á sostener la cúpula, ni la mitad de su elevación, ni la cuarta parte de su carga, y ya amenazaba ruina. El Bramante murió bastante á tiempo para no asistir á la caída de su obra y á la mudanza de sus proyectos. Sucedióronle San Gallo, el hermano Giocondo de Verma y Rafael, quienes solo pensaron en los medios de reparar el trabajo de Bramante y en reforzar los pilares que sostenían la bóveda. Dos de ellos murieron demasiado pronto para seguir esta obra: el hermano Giocondo se fué de Roma; en fin, en 1546, Paulo III, sucesor de Julio II, confió el cargo de terminar la obra de San Pedro al artista á quien debiera habersele encomendado desde el principio, á Miguel Angel.

Tenía este entonces setenta y dos años, pero su genio no había perdido nada de su energía ni de su grandeza: semejante á Moisés, cuya estatua es su obra maestra, no debía sentir en manera alguna la debilidad que los años traen en pos de sí, y hasta el día de su muerte sus contemporáneos hubieran podido creerlo inmortal. Empezó Miguel Angel por examinar el modelo de madera que habían dejado sus predecesores, lo criticó con una gran rapidez de juicio y demostró que ocasionaria un enorme gasto de dinero y de tiempo. En quince días hizo un nuevo dibujo que estrechaba los planes ya formados y reducía la iglesia á la forma de una cruz griega (*): añadió majestad á toda la disposición general, é imaginó una nueva cúpula que debía ser aun mas alta que la primera. La idea de esta cúpula está en una expresión del célebre artista. Paseábase con él varios amigos cerca del Panteon, y le hacían admirar las proporciones de aquel gigantesco edificio:—*Algun día*, dijo, *elevaré yo en los aires esa mole que está apoyada en el suelo*. Este proyecto debió realizarse.

Paulo III quedó tan satisfecho de los dibujos de Miguel Angel, que expidió un breve para impedir que se alterase nunca en ellos cosa alguna, bajo penas muy graves, y para señalar al arquitecto una pensión de seiscientos escudos mientras trabajase en la basilica. Miguel Angel rehusó esta pensión, y durante los diez y siete últimos años de su vida trabajó sin emolumentos en una obra que había enriquecido á todos sus predecesores. Reforzó por tercera vez todos los pilares de la cúpula, y coronó sus arcos con un cornisamiento tan rico como bien proporcionado.

Pero la construcción de la iglesia de San Pedro no debía acabarse ni en su vida ni en la de Paulo III; Santiago Dellaporta fué quien puso la última piedra de la cúpula en 1587, bajo el pontificado de Sixto V. Diez y ocho años

[*] Es decir que las cuatro naves hubieran sido del mismo tamaño.

después, Paulo V. fue exaltado al solio pontificio y quiso tener la gloria de acabar el edificio en que sus predecesores se ocupaban hacia un siglo. Nombró para el cargo de arquitecto de San Pedro, á Carlos Maderna, lombardo. Carlos Maderna terminó la obra de Miguel Angel, pero las mudanzas que tuvo que hacer en ella son demasiado importantes para que las pasemos por alto.

Es opinion bastante admitida que en la concepcion general de su proyecto, y dominado por el pensamiento de la unidad de que queria hacer resultar la impresion de grandeza á que aspiraba, Miguel Angel se habia olvidado un poco de introducir en su conjunto ciertas partes, cuyo empleo reclama imperiosamente la liturgia cristiana: así por ejemplo, no habia designado en el interior ningun sitio para el coro de los canónigos, para la sacristía &c. . . y el exterior del monumento no podia prestarse á las adiciones que hubieran exigido estos accesorios. Estas consideraciones parecieron tan terminantes, que el papa Paulo V. resolvió dar al plan del edificio una extension que no podia dársele sino por el lado del brazo occidental de la cruz griega, es decir, por el lado de la entrada que no estaba terminado, y donde habia plena libertad para extenderse.

Carlos Maderna llevó á ejecucion las ideas del soberano pontífice: alargó con tres arcos, de la misma altura, de la misma disposicion y de la misma elevacion de bóvedas que los de Miguel Angel, la parte oriental de la cruz griega, y presentó un dibujo del pórtico enteramente nuevo, atendido que Miguel Angel, en el suyo, habia olvidado el sitio desde donde el papa, con arreglo á los ritos mas antiguos, debia dar al pueblo de Roma, y á todo el universo la bendicion conocida bajo este nombre. *Urbi et orbi*. *extra urbem sub stillicidio*.

De estas alteraciones, tal vez indispensables y de las que en todo caso no se debe acusar á Carlos Maderna, ha resultado un defecto grave. San Pedro de Roma no tiene aquella *unidad* que habia querido darle Miguel Angel: la longitud de la nave mayor perjudica al efecto de la media naranja. Al entrar en la iglesia, experimenta uno dos impresiones diferentes, la una que nace de la grandeza de la nave oriental, la otra de la grandeza de la cúpula. San Pedro de Roma no está únicamente en aquella milagrosa cúpula: la obra de Miguel Angel ha quedado, pero su pensamiento ha desaparecido: mas á pesar de todo esto, el trabajo de Carlos Maderna tiene tanta majestad, y la iglesia es tan admirable en todas sus partes, que pronto se olvida aquel defecto que domina el todo: además, la verdadera desgracia de aquella basilica consiste en haberse tardado mas de un siglo en terminarla. Durante este tiempo, el gusto habia experimentado tales mudanzas, que hubiera sido imposible, aun cuando se hubiera intentado, conservarles totalmente su primitiva arquitectura. En 1614 se acabaron todos los trabajos y la iglesia se abrió al pueblo de Roma, tal, con muy corta diferencia, cual puede verse hoy.

Después de haber dado la historia de la iglesia de San Pedro, conviene dar la de la plaza que la precede y la de la columnata que se ha construido al rededor de aquella plaza, ya que los dos monumentos se han confundido á punto de no formar mas que uno solo. El papa Alejandro VII fue quien á mediados del siglo XVII, concibió la idea de decorar de un modo tan grande como magnífico los ingresos á la basilica del Vaticano, proyectó que comunicó al caballero Bernino, á quien encomendó su ejecucion. Comenzáronse en breve los pórticos de la plaza de san Pedro, es decir, aquella famosa columnata que hubiera bastado ella sola para inmortalizar el nombre del Bernino, bajo el cual es tan conocida como bajo el de san Pedro. Desde las vastas empresas de los emperadores romanos, en las que iban á sumergirse las riquezas del universo, jamás la arquitectura habia producido nada tan grande ni tan sublime; y aun acaso es permitido dudar que el imperio romano haya ofrecido jamás, en la decoracion de ningun edificio, un conjunto tan rico y tan completo. La primera dificultad que ofrecia aquella concepcion era hacer una plaza cuyas dimensiones estuviesen en una razonable proporcion con el monumento para el cual se hacia, cosa en que el Bernino tuvo un acierto singular: la segunda era establecer una relacion proporcional entre las galerías y el templo, tal que aquellas dos cosas no se perjudicasen mutuamente. Era preciso conservar al templo toda su grandeza, sin que al mismo tiempo el templo, con la inmensidad de su mole, hiciese parecer demasiado chicos los pórticos que iban á servirle de ingreso, y ciertamente puede decirse que el Bernino dió con el punto medio tan perfectamente, que en vano la imaginacion buscaria entre aquellos dos objetos otras proporciones y mas cabal armonía.

La columnata de san Pedro, empezada en 1661, está formada por dos grandes pórticos de cincuenta y seis pies de ancho: cuatro hileras de columnas dóricas forman en cada columnata tres calles, de las cuales la de en medio es bastante ancha para que puedan pasar por ella dos coches. Las columnas tienen cuarenta pies de altura, contando los capiteles y las bases: sostienen un cornisamento dórico coronado por una balaustrada, sobre la cual han colocado estatuas de santos y santas. Estas figuras tienen quince pies y medio con sus bases, y dan al total de la galería setenta y cinco de altura sobre el pavimento de la plaza.

Última es que el papa Alejandro VII no redujera á esta columnata los ornatos que queria añadir á la iglesia de san Pedro, pero hizo construir bajo la cúpula de Miguel Angel y sobre el altar mayor un *ballaquino* (*) que el

[*] Llámase así un dosel puesto sobre columnas, encima del altar mayor. La institucion de esta pieza de arquitectura asiende á las primeras basilicas. Antiguamente se le daba el nombre de copon.

Bernino recibió encargo de ejecutar. Este ingenioso artista luchó en vano contra la dificultad que ofrecía el encerrar un pequeño edificio en otro mas grande, sin que salte á los ojos el mal gusto de la alianza. El baldaguino de san Pedro es la mas grande obra de bronce que se conoce: el dosel ó coronamiento está colocado sobre cuatro grandes columnas retorcidas compuestas, que tienen cuarenta piés de elevacion. La altura del monumento entero, desde el pavimento de la iglesia hasta lo alto de la cruz que lo corona, es de ciento veintidos piés. Las esculturas de que está cubierto son de suma riqueza; pero ya lo hemos dicho, por mas magnífica que sea esta obra, es imposible verla sin sentir que Alejandro VII se haya creído obligado á hacerla construir. Esta es además una de las principales razones que hacen que el interior de San Pedro carezca de una verdadera unidad.

En medio de la plaza de san Pedro se alza un grande obelisco de granito rojo coronado por una cruz: el papa Sixto V lo hizo trasladar á aquel sitio mucho antes de que se pensase en construir la columnata de Bernino. A ambos lados del obelisco brotan dos majestuosas fuentes que completan ricamente la decoracion, ya se las considere durante el dia cuando los rayos del sol, quebrados en sus aguas, forman en ellas brillantes iris, ya se vaya durante la noche á contemplar en ellas la blanca imagen de la luna, y á buscar las piadosas meditaciones que hace nacer su perpetuo murmullo.

El interior de la basílica de san Pedro está decorado con una profusion de ornatos que es preciso renunciar á describir. Vense en él las sepulturas de todos los papas que se han sucedido en el trono pontificio desde la construccion de la célebre basílica. Grupos de mármol, debidos al cincel de los Miguel Angel, de los Berninos, de los Canovas, de los Thorwaldsen, llenan las numerosas capillas dispuestas en las naves: copias en mosaico de los mejores cuadros de los principales maestros de Italia, resplandecen por todos lados y dan al espectador encantado la seguridad de que aquellos dechados de las artes no perecerán: frescos de Giotto y de los pintores del renacimiento adornan el pórtico: en fin, la iglesia de san Pedro es no solo la mas bella de todas las catedrales, sino tambien el mas completo de todos los museos.

Cuando se piensa que San Pedro y su famosa columnata no es mas que una parte de aquel inmenso monumento que se llama el Vaticano, y que contiene palacios, iglesias, una ciudad entera dentro de otra ciudad, la admiracion llega á su colmo y se reconoce todo el poder y toda la majestad que animaban el genio de los soberanos pontifices. Roma ha sido la madre de los pueblos, no solo guiándolos á las sendas de la salvacion eterna, mas tambien haciendo renacer entre ellos las artes y la civilizacion.

EL LÁBARO.

HISTORIA DE LA PRIMITIVA IGLESIA.

Si algo prueba la divinidad de una religion, es seguramente su rápida difusion por el universo, cuando sus predicadores no tienen á su favor nada de lo que el mundo admira, ni el brillo de las riquezas, ni el poder del talento, y que caminan entre el fuego de las persecuciones, sin poder nunca contar con el dia de mañana, y teniendo siempre á la vista los instrumentos del suplicio que los espera. Declarándose discípulos del *maestro*, debían esperarse á participar de sus padecimientos en la tierra, pues les estaba prometida la gloria del cielo; y así como todas sus profecías se habian cumplido en él, era preciso que tambien en ellos tuviesen cabal cumplimiento. ¡Cuántas veces la semilla sembrada por Jesucristo, en el momento en que echaba algunas raíces, ha sido arrebataada por los vientos, sin ser jamás destruída! ¡Cuántas veces las tempestades han conmovido hasta sus cimientos aquella Iglesia que no morirá. . .

Las persecuciones empezaron primeramente por los judios, *porque no comprendieron el Verbo*. Estaban el diácono recibe la primera corona, luego Santiago el mayor y Santiago el Menor. Todavía no entraban los Césares en la lucha: los cristianos eran tan poco numerosos, que una provincia con sus oídos bastaba para el combate. Pronto aquellos pocos hombres fueron unos gigantes, y los emperadores se alzaron contra ellos con todo el poderío romano. Antes del primer edicto de la destruccion, la vírgen Tecla muere degollada en el anfiteatro de Icono: Neron corona la ciudad imperial de una diadema de llamas, y acusa á los cristianos de aquel incendio; tan temibles le pare-

cian ya, que se necesitaba este gran pretexto para entregarlos á los verdugos: los dos principales mártires son: Pablo, decapitado como ciudadano romano, y Pedro, crucificado cabeza abajo en el monte Janículo. Entonces en los juegos públicos se echan cristianos á las fieras, y en los jardines y en las plazas públicas por la noche sus cuerpos inflamados sirven de antorchas á los pasantes. Apenas empiezan á cerrarse las primeras llagas de la Iglesia, cuando Domiciano, el hermano de Tito, de aquel á quien los pueblos llamaron *las delicias del género humano*, renueva los edictos de Nerón. El apóstol Juan es metido en una caldera de aceite hirviendo, y luego desterrado á Patmos: el cónsul *Acilio Glabrio* es ajusticiado, como *Flavio Clemente*, sobrino de Vespaciano, que salía del consulado. Al principio de la tercera persecución, la mujer de este último héroe *Flavia Domitilla*, es quemada en su palacio, donde degüellan á toda su servidumbre. *Evaristo*, cuarto sucesor de san Pedro; *Simeón*, segundo obispo de Jerusalem; *Ignacio*, tercer obispo de Antioquia, perecieron en tiempo de Trajano. Solo cito los principales para que se vea qué grandes hombres contaba ya el cristianismo entre los mártires.

Desde las miserables cabañas del pobre á quien emancipaba, la religion habia penetrado en los palacios de los grandes y de los emperadores; desde el ignorante que la habia aceptado como su luz en las tinieblas de la vida, habia subido hasta los retóricos y los filósofos, que se creían á sí propios su propia luz, su propia sabiduría. Las persecuciones solo sirven para difundirla mas y mas: nueve han pasado ya sobre ella: torrentes de sangre han corrido; pero así como las márgenes de un gran río se hermosean con las fecundas plantas que fertilizan, así tambien de aquellos torrentes de sangre brotan lozanas flores del cielo que se abren para las brisas perfumadas ó para los vientos de la tempestad; nuevos cristianos que caminan al martirio ó al triunfo. Aureliano muere; ya no se ejecutan sino á muy raros intervalos los edictos sangrientos; durante los reinados de Tácito, Probo, Caro, Carino y Numeriano, la Iglesia recupera nuevas fuerzas que le eran muy necesarias, porque *la era de los martirios* va á empezar con Diocleciano. Este, aunque vencido en Margo, en Mesia, ve á su rival Carino asesinado por un tribuno en medio de su victoria, y queda solo dueño del Imperio; él, hijo de un liberto, pero tan grande hombre como Augusto. Prudente y de carácter moderado, no piensa mas que en formar un nuevo imperio con su sagaz política; pero los neoplatónicos de la secta ecléctica, siempre propensos á la persecucion, tenían gran crédito con Maximino Hércules, á quien á pesar de su ignorancia y de sus vicios, Diocleciano habia asociado á su poder, y mas particularmente cerca de Maximino su sobrino, y del pastor Galerio, elevado al título de César. Por medio de sus obras y en las escuelas, los filósofos excitaban al emperador á acabar de una vez con los cristianos: se hace hablar á los oráculos, todos los restos del paga-

nismo se ponen en movimiento, y hasta un juez, Hisocles, gobernador de Alejandria, entra en la lucha, y compone un violento escrito contra los cristianos.

Entonces se oye en el mundo un inmenso grito de dolor al que responde el canto de los ángeles que bajan á confortar á los mártires con palmas cogidas en las infinitas llanuras de los cielos. La Iglesia, recién salida de las catacumbas y de los subterráneos, vuelve á ellos entubada para salvar las cosas sagradas de la profanacion, y conservarse algunos miembros. ¡Ah! ¡cuántas vergonzosas deserciones hubo en aquellos amargos dias! Y tambien ¡cuántos maravillosos valores se revelaron en los tormentos que inventó la tiranía! Pero una mano cuyos golpes son inesperados hiera á Diocleciano. Galerio y Maximino le obligan á abdicar con Maximiano. Pronto Dios llama al infame Galerio al castigo de su justicia: por espacio de diez y ocho meses una filicra le devora: todo su cuerpo no es mas que una hedionda llaga, y al fin expira en Sárdica en medio de los mas atroces dolores, confesando en cierto modo sus crímenes con un edicto en favor de los cristianos; mas no por eso cesó la persecucion.

Pero en los tesoros de su bondad Dios reserva un salvador. Constantino marcha contra el tirano Majencio: en dos batallas en Turin y en Verona, derrota dos huestes de cincuenta á sesenta mil hombres cada una, y avanza hácia Roma, donde aun le falta vencer un ejército formidable y superior al suyo: sus tropas están rendidas de cansancio, y las que va á atacar, todas de refresco y muy decididas, no se dejarán arrollar á las puertas de su capital sino después de inauditos esfuerzos de valor. Esta es la única esperanza de Majencio: aquella batalla será solemne, y qué altos pensamientos bullen en aquel momento en la cabeza de los dos emperadores! Centuriones, tribunos y soldados, todos caminan pensativos por las solitarias llanuras de las campiñas de Roma. Eran los doce del dia: el peso de las armas hacia mas insoportable el peso del calor. . . . cuando de repente encima del sol, en el límpido azul de un cielo sin nube alguna, aparece una cruz al rededor de la cual están escritas en luminosos caracteres estas cuatro palabras: *In hoc signo vinces* (por este signo vencerás). Todo el ejército es testigo de este prodigio que centuplica sus fuerzas.

A la noche siguiente el Hijo de Dios, llevando en la mano el mismo signo, se aparece en un sueño al emperador y le manda que haga una imagen de aquel signo para que le sirva de estandarte en las batallas: apenas se despierta, ejecuta el emperador esta órden: tal fué el origen de la enseña conocida con el nombre de *Lábaro*, y cuya forma era la siguiente: Una larga pica barnizada de oro tenia un travesaño en forma de cruz: en lo alto habia una corona de oro y de piedras preciosas que encerraba el simbolo del nombre de Cristo,

las dos primeras letras X y P.—una banderola de púrpura tejida de oro y de pedrerías pendía al través de la cruz: encima de esta banderola y debajo del monograma, estaban representados de oro los bustos del emperador y de sus hijos. Constantino eligió entre sus guardias cincuenta hombres de los mas valientes y piadosos, que recibieron el cargo de llevar alternativamente aquella sagrada enseña.

Fué esta como el rayo para el tirano. Dióse la batalla junto al puente Milvio, donde á pesar de las promesas de victoria hechas por todos los oráculos, Majencio vió rotas sus tropas, y huyó con ellas por el puente de barcas que había construido de modo que pudiese partirse por en medio quitando algunas clavijas de hierro, y para tender una celada á sus enemigos. Esta fué la causa de su pérdida: las barcas se hundieron, y Majencio y una parte de su ejército desaparecieron en las olas. El Tiber arrojó su cuerpo á la playa; cortósele la cabeza y se llevó á Roma, que abrió sus puertas al vencedor en medio de las aclamaciones del triunfo. El emperador quiso que en todas partes figurase el monograma en los emblemas de su victoria. La estatua que se le erigió en una plaza pública, tenía por lanza una larga cruz en la mano; Constantino hizo poner en su base esta inscripción: *Con este saludable signo, verdadera enseña de valor, he libertado vuestra ciudad del yugo del tirano y he restablecido al senado y al pueblo romano en su antiguo esplendor.*

Con aquel grande hombre la religion subió al trono del mundo. Ya la lucha estaba casi acabada; la prueba del martirio llegaba á su fin; los días de ventura prometida tenían su cumplimiento. Todo queda explicado con aquel singular simbolo del Lábaro, que los filósofos cristianos hubieran debido poner en relieve, en vez de perderse en miserables sutilezas para responder á las objeciones contra la autenticidad de aquel prodigio, que verdadero, no añade mas que gloria á la gloria del cristianismo, y falso, no puede en manera alguna hacer mella en su verdad, apoyada en principios incontestables. ¿Qué emblema mas magnifico y poético hubieran podido hallar los egipcios, por ejemplo, acostumbrados á pintar los hechos por medio de imágenes? . . . Es pues por lo menos un mito sublime aquella cruz que aparece en los cielos encima del sol, después de haber estado escondida por espacio de mas de trescientos años en las catacumbas y en las prisiones.



LOS CARMELITAS.

Segun piadosas tradiciones, que aunque refutadas por la ciencia histórica, no dejan de tener un carácter eminentemente religioso, el instituto de las carmelitas es en cierta manera de una antigüedad bíblica, siendo preciso remontarse hasta los tiempos de los profetas para descubrir su origen. Sus verdaderos fundadores son, conforme á esas mismas tradiciones, Elías y Eliseo, y la verdadera cuna de este establecimiento, si hemos de creer á los analistas de la órden, es el monte Carmelo, una de las cimas del Libano en la Palestina, cadenas de montañas que forma la frontera meridional del país de Galilea. Tambien se dice que los fieles visitan allí con veneracion una gruta que pasa por haber sido habitada por el profeta Elías.

Sin duda no se sigue de aquí que debemos creer á la letra data de tiempos tan remotos la institucion propiamente dicha de los carmelitas; pero estudiando el espíritu austero y santo de esta órden religiosa, ¿seria tan difícil hallar en los antiguos yermos del monte Carmelo en Siria el tipo venerable del Carmelo místico, instituido por el cristianismo para honrar á la santísima Virgen, madre de las vírgenes? ¿No podemos creer que fatigados de la vida licenciosa del siglo, y despreciando voluntariamente el lujo de las ciudades para vivir en comunicacion con Dios, hayan tomado los cristianos que pasaron sus dias en la soledad por modelo al santo profeta Elías, que huyó en otro tiempo de la corrupcion de Israel? para presentarse á esta creencia que sonríe á la poesía tanto como á la piedad, no se necesita á nuestro parecer gran esfuerzo de imaginacion.

El mundo, prendado con tanto ardor de los bienes de la tierra, tan indiferente, tan frio, tan desdénoso para con los del cielo, tiene la desgracia de no querer comprender estas cosas que pertenecen al dominio de la fe, y se desquita de su funesta ignorancia con burlas y sarcasmos. ¡Oh! ¡cuán diferente seria su lenguaje, si movido de la gracia divina pudiese formar una idea exacta de

la inefable ventura de que en medio de la austeridad y toda especie de mortificaciones está acompañada constantemente la vida religiosa, objeto de su desden y sus calumnias!

El divino Redentor había dicho: "Mi reino no es de este mundo;" y no contento con formular esta verdad augusta, quiso sellarla con su preciosa sangre, y que esta sangre, derramada gota á gota por la salvación del mundo, nos trazase, por decirlo así, el único camino que puede llevarnos á ese otro mundo donde está situado el reino eterno que ha prometido á los justos. Los preceptos de su sublime doctrina no tuvieron mas objeto que este, y mientras que todas las acciones de su vida mortal desde su nacimiento hasta su muerte eran un verdadero modelo de la perfección cristiana, su pobreza, su resignación, sus humillaciones, los sufrimientos y las angustias de su muerte, eran una lección muy alta, así como los azotes que recibió, la hiel que le dieron á beber en la cruz, las espinas con que le coronaron, y otras mil circunstancias de su divino sacrificio, ofrecían otros tantos símbolos elocuentes de los deberes que iba á imponer al mundo al regenerarlo. Era una cosa muy clara que para conformarse con su ley, para corresponder á su inmenso amor, para merecer en fin las magníficas recompensas prometidas á sus escogidos, sería preciso, según lo permite lo débil de nuestra naturaleza, imitar en todo el ejemplo que nos había dado el Hombre-Dios.

De este principio de santificación, principio que forma la base de todas las virtudes evangélicas, emanan las reglas de las diversas órdenes religiosas, y cuanto mas austeras, cuanto mas conformes son estas reglas con el espíritu de penitencia enseñado por el divino Maestro, tanto mas se acercan á la perfección del celestial modelo las almas que se someten á ellas.

Y he aquí como volvemos á la orden del Carmelo, que se distinguió en todos tiempos por el riguroso régimen puesto en vigor en sus monasterios, y sobre el cual vamos á consignar algunos detalles que probablemente servirán de edificación á nuestros lectores. Y no ya vamos á hablar de vagas tradiciones sacadas de la noche de los antiguos tiempos, ni á citar esas creencias sin fundamento que la burlona impiedad relega al número de las fábulas, sino á recordar hechos que no porque tengan mucho de maravillosos pueden ser puestos en duda.

Según la docta y piadosa colección de los bolandistas, no nació el orden de los carmelitas hasta fines del siglo XII, en cuya época Bertoldo de Calabria, valeroso caballero de Godofredo de Boulton, fué á establecerse con muchos de sus camaradas al monte Carmelo, fundando en él una asociación de eremitas; á la cual Alberto, patriarca de Jerusalem, dió una regla que entre otras cosas obligaba á los religiosos á permanecer en sus celdas, á entregarse á la oración día y noche, y á no tener nada que fuese de su propiedad particular.

También debían aquellos piadosos cenobitas consagrarse á la penitencia, abstenerse de comer carne en todo tiempo, observar el mas rigoroso ayuno, y guardar un silencio casi absoluto. Su traje consistía en una túnica oscura con un manto blanco, á imitación del que Elias arrojó á su discípulo Eliseo al subir á los cielos.

Así empezaron los carmelitas, y continuaron del mismo modo hasta el siglo XIII, en cuya época, arrojados de la Tierra Santa por las persecuciones, vinieron á refugiarse en el Occidente. Poco tiempo después poseían colonias de su orden en Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, y considerando su nueva posición el papa Inocencio IV, modificó su regla en muchos puntos, empero manteniendo la primitiva severidad de sus estatutos.

Desde entonces nadie se ocupó de los carmelitas hasta mediados del siglo XV en que Juan Soreth, vigésimosexto general de la Orden, creyendo era una cosa indigna que las órdenes mendicantes tuviesen doncellas que seguían sus reglas propias, y que únicamente no las hubiese en la orden del Carmelo, obtuvo del papa Nicolás V los privilegios necesarios para crear esta nueva institución, y fundó cinco casas para las carmelitas.

El cielo no tardó en colmar de nuevos favores á los religiosos del monte Carmelo: una joven á quien han colocado sus muchos y grandes méritos en el rango de las santas mas célebres, Teresa de Cepeda decimos, animada de esa voluntad fuerte y poderosa que solo se adquiere con el amor á Dios, comprendió la reforma radical de la orden de los carmelitas en España, su patria, y con solo citar su nombre, el nombre de santa Teresa, damos á nuestros lectores una gran idea de la virtud y perfección cristianas. Tomó el velo á los veintidós años en un monasterio de Avila, y enteramente consagrada desde entonces á Jesús crucificado, solo abrigó un pensamiento, el de llegar á conocer á su excelente maestro por medio de la oración, y aprender de este modo lo que debía hacer para ser digna de él. "Parecía, como dice uno de sus panegiristas, parecía que los libros de la eternidad se habían abierto para ella: llegó á entender con la mayor claridad las grandezas adorables del Verbo hecho hombre, las inagotables riquezas de su sabiduría, los tesoros maravillosos de su gracia, la diferencia de su conducta y la impresión que causó á las almas que le están sometidas. De este modo la tierra era para ella un lugar de destierro, y conversaba con el cielo: allí es adonde haciéndose superior á todas las cosas sensibles, va á buscar á Dios como origen de perfección y belleza, le considera como fuente de todo bien, le abraza como principio de verdad y bondad, se abisma en la contemplación de su inmensa majestad, ya en raptos, transportes y éxtasis en que su cuerpo aparecía como suspendido é inmóvil, ya acudiendo á las reflexiones, por medio de las cuales se unia su espíritu á Dios, no dejando á sus sentidos casi ninguno us."

¡Poderoso y admirable efecto de la oración! Teresa aprendió á descender de la grandeza de Dios al desprecio de todas las cosas mundanas, comprendió que la cruz es el signo de la alianza inefable que une á las vírgenes con Jesucristo, y por último, gracias á la oración, ella, débil mujer, adquirió fuerza suficiente para abrazar una serie de mortificaciones que los hombres habían considerado con espanto.

Dispuesta así, Teresa se ocupó con ardor de la realización del piadoso proyecto que Dios había puesto en su corazón, y la reforma de su orden según la regla primitiva fué el constante objeto de sus deseos y trabajos. Grandes obstáculos fueron á querer paralizar sus esfuerzos, pues en aquella obra de reforma, como dice Fenelon, no se trataba de sembrar, de arrancar, de cultivar tiernas plantas, sino de doblegar los troncos duros y tortuosos de grandes árboles. Era preciso que Teresa hiciese frente á la vez á las contradicciones de los superiores de la orden, sus propios directores, los obispos y los magistrados de todas las poblaciones que recorría, casi siempre agobiada de enfermedades, arrojando el rigor de las estaciones, los desaires del mundo y toda clase de peligros, sin que por esto dejara de esperar en silencio en el que nunca engaña á las almas confiadas y que aguardan siempre la realización de sus divinas promesas.

Al fin, después de mil contratiempos de diferente índole, la fe, ese poder maravilloso que trasporta las montañas, fué á coronar los trabajos de la infatigable Teresa; todas las dificultades desaparecieron, y secundada por los Antonio de Jesús y los Juan de la Cruz, hombres verdaderamente evangélicos con que el cielo había enriquecido á España en el siglo XVI, logró que volviese á florecer la antigua piedad en la cima del Carmelo, que iba á regar con sus sudores.

Santa Teresa consagró toda su vida (desde 1511 hasta 1582) á esta obra, que constituye su gloria al propio tiempo que la de la religión. Treinta y dos monasterios alzados en las principales poblaciones de España, fueron obra de sus manos, y tuvo el placer de verlos aumentarse y producir abundante cosecha antes de morir, ó mas bien antes de ir á contemplar por una eternidad y cara á cara el divino objeto de su santo cariño, de aquel á quien en sus raptos de piedad no cesaba de repetir: *¡ó sufrir, Señor, ó morir!*

Ahora para juzgar acerca de la austeridad de las reglas prescritas á las carmelitas por su admirable reformadora, penetremos un momento en los monasterios de estas heroínas de la piedad. Allí es donde se ven milagros de mortificación, privaciones y voluntario sufrimiento; allí jóvenes delicadas y muchas veces debilitadas por una abstinencia sin descanso y largas enfermedades, andan con los pies descalzos, porque Teresa lo había mandado y les daba el ejemplo. ¡Mirad con qué celo, con cuánta humildad obedecen las órdenes que

reciben! Intentarian lo imposible si les mandasen lo imposible, porque la voz del superior, ha dicho la reformadora, es la voz de Dios; pero estos sacrificios son nada aun. Oid, oid los golpes de las disciplinas que caen sobre los miembros delicados y débiles de aquellas valerosas vírgenes; la sangre corre, pero no vierten una lágrima; el dolor no puede arrancarles un murmullo, y ya veis cómo la mayor parte de ellas solicitan apresuradas el permiso de volver á empuñar la disciplina que acaban de enrojecer con su sangre. Compárese el estoicismo de los antiguos filósofos, esa virtud de parada, de ostentación y fanfarronería, con la dulce y humilde resignación de las carmelitas, y se comprenderá la inmensa diferencia que separa la filosofía de los hombres de la ciencia de Dios.

Dirijámonos á esos modestos claustros en que reint la calma mas religiosa, y no temamos que allí se consuma el tiempo como en nuestro mundo en conversaciones ociosas ó maldicientes. Las hijas de Teresa deben guardar completo silencio, y se impondría el castigo mas severo á la que infringiese lo mandado en este punto por la superiora. ¡Cuánto ingenio no desplegan también esas vírgenes cristianas en reunir al mérito de la pobreza el del sufrimiento! Considerad sus vestidos, y no vereis en ellos rastro alguno de la coquetería mundana; al contrario, con los ojos de la fe descubriréis una coquetería oculta, una coquetería cuyo refinamiento purifica el alma en vez de corromperla, en una palabra, un adorno de sencillez y mortificación infinitamente grato á los ojos de Dios. Bajo aquel traje de tela grosera y vil, las hijas del Carmelo llevan cilicios, molestos por los nudos y aun algunas veces tambien por las espigas de que están provistos. Tal es el lujo que reina en el traje de las carmelitas; tales son los cuidados, las atenciones minuciosas que emplean para agradar á Jesús, inerte por nosotros en una cruz. Si dirigimos la vista á los brillantes y ricos trajes de las mujeres del siglo, si consideramos los motivos vanidosos si no culpables de este esmero en vestirse, ¡qué reflexiones tan tristes nos asaltan al ver este contraste!

A pesar de tanta rigidez, la orden del Carmelo, honrada con las bendicciones del cielo, prosperó rápidamente propagándose á España, Italia, Francia, los Países Bajos, todas las provincias de la cristiandad.

Todas estas venerables instituciones han nacido en el seno del catolicismo, que era el único que podia ser el principio de su existencia, y así nada les faltaba para que fuesen lo mismo que las demás órdenes consagradas á la oración y la vida contemplativa, objeto de los sarcasmos de los hereges y los incredulos. De aqui tantos ataques odiosos y llenos de mala fe, en los cuales se les acusa, entre otras cosas, de ociosos inútiles y aun perjudiciales para la so-

ciudad, porque nuestro siglo tan vano, tan ocupado en los intereses materiales, el que pone todo su cuidado en las riquezas de vapor, el que antes que todo quiere saber cuánto lo producirá cada cosa, nuestro siglo, decimos, no deja de repetir neciamente las mismas acusaciones. Incapaz de apreciar los triunfos que la religion obtiene contra la naturaleza, solo ve en esos retiros sagrados, abiertos á la virtud, la inocencia y el auto-sacrificio, monumentos absurdos del fanatismo y de la imbecilidad de nuestros abuelos. Así es como desbarra la sabiduría humana cuando no nos ilumina la antorcha de la fe. Y qué, en tiempos tan criminales, tan infelices como el nuestro, las piadosas oraciones de las hijas del Carmelo y demás religiosas serian inútiles para desarmar al cielo irritado, para consolar á la tierra presa de la desolacion? ¿No debemos felicitarnos, por el contrario, puesto que hay seres inocentes y puros, vírgenes de cuerpo y de alma, ángeles terrestres que resueltas á seguir al Cordero hasta por los senderos mas ásperos de la penitencia, no solo piden por sus hermanos, interponiéndose, por decirlo así, entre Dios y nosotros, sino que tambien consisten en expiar las faltas y los extravíos de la multitud? ¿Cómo no reconocer, admitir y venerar el noble heroísmo que encierra la vida solitaria y de mortificacion de las carmelitas? Después de la muerte de los santos mártires, hay nada mas interesante ni mas prodigioso que esa vida desprendida de todos los intereses mundanos, esa vida llena de privaciones, y voluntariamente humillada, esa existencia en cierto modo *anonadada*, segun la bella expresion de un escritor de talento. Desgraciados, desgraciados los que no pueden comprender esto! Esos hombres ciegos marchan por mal camino, y su mente no puede concebir el consuelo y la hospitalidad que encierran los asilos del Carmelo; pero no sucede lo mismo á aquellos cuyo corazón se siente animado del sentimiento religioso. A sus ojos esos humildes monasterios que se elevan en medio de las pasiones desencadenadas del siglo, se parecen á esas pacíficas islas llenas de verdura que el seno de los mares ofrecen á los pobres naufragos un refugio seguro contra las olas y las tempestades.

LA CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS.

LOS QUE PELEAN.—LOS QUE EXPIAN.—LOS QUE TRIUNFAN.

Felices los muertos que mueren en el Señor.—Aveas.

LOS QUE PELEAN.—LOS QUE EXPIAN.—LOS QUE TRIUNFAN.

Murieron en un suelo de proscripción. Como las hojas que una primavera ve nacer y que arrebatan los vientos de otoño, todos los días el soplo de la muerte se los lleva y aclara sus filas; pero pronto sucede una nueva generacion, los huecos se llenan, y siempre la gran selva del linaje humano se ofrece, vigorosa y entera, á los golpes de la muerte, ese implacable leñador, y parece desafiar los esfuerzos de su hacha. Todavía no ha llegado la hora señalada por los eternos decretos, en que la tierra, reina del espacio y tan preciada de su hermosura, volverá á caer deshecha en un rincón del caos. Entre tanto, las generaciones nacen y mueren, y los desgraciados riegan con su llanto el ingrato suelo que los vio nacer y que debe recibirlos en su seno.

¡Oh! vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por nosotros! Ya abandonaron el suelo de proscripción. Ninguno de ellos ha dejado en el su huella, y su memoria se ha ido borrando poco á poco, como el sulco de un astro que se apaga ó como la estela del barco sobre las aguas. Todos han bebido al paso en el torrente de amargura que emana del árbol maldito: todos han arrastrado esta carga de padecimientos y miseria bajo la cual gemimos. Roleados, como nosotros, de seducciones y de peligros, mas de una vez tropezaron en el áspero sendero: mas de una vez se sintieron abrumados bajo el antiguo anatema, y cuando la fe les mandaba fijar sin cesar sus ojos en el cielo, la concupiscencia ¡ay! inclinaba sus deseos hácia la tierra. Y con harta frecuencia contristaron al Dios que los protegía, prestando el oído á las péfidas insinuaciones de la carne, del mundo y del demonio: como Jonatás, se apartaron un momento del campo de batalla para untar su vara en el arroyo de miel. . . Y por eso lloran y gimen en su abrasada cárcel. ¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos por ellos! Ya abandonaron el suelo de proscripción. Este mundo fué para ellos una

palestra, en la que pelearon valerosamente. A fuerza de perseverancia y de valor, domaron á sus formidables enemigos, llegaron triunfantes al término de la carrera, y la muerte no fue para ellos, mas que el tránsito á las alegrías de la victoria. Y mas de una vez sin embargo, se sintieron agobiados bajo el peso de la antigua maldición, y tal vez, se inclinaron hácia el abismo donde veían á tantos otros perderse. Mas de una vez sintieron el vergonzoso aguijón de la concupiscencia, ó el impuro halito del leon rugiente; pero bebieron en la idea del cielo un valor sobrehumano, y apoyados sobre la cruz, treparon con el sudor de su frente el angosto sendero que conduce á la fidelidad; ó si acaso pagaron tributo á las flaquezas de la humanidad, si alguna caída contó su generosa carrera, cuántas veces lavaron en las amargas aguas de la penitencia aquellas ligeras manchas! con cuánta severidad pagaron las deudas contraídas con Dios! Y por eso fueron hallados dignos de entrar á la presencia del Cordero sin mancha.

Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

II.

Oh desgraciados hijos de Adán! cuán doloroso espectáculo ofrece vuestra gran familia, siempre en lucha con las potencias del infierno! Esa felicidad que buscáis con una ansia siempre burlada, no es mas que un recuerdo de vuestra grandeza primitiva, el eco de una voz celestial que se pierde entre ruinas: una realidad os queda, el dolor. ¡Oh! esa no se os puede escapar, esa os sigue desde la cuna hasta la sepultura. Todo tiene para vosotros su lado triste; el luto os rodea como un inmenso crespon, y la alegría no ilumina, sino á raros intervalos vuestro sombrío horizonte, semejante á aquellos relámpagos que no interrumpen un momento la densa noche mas que para sumergirlo todo luego en una oscuridad mas profunda. ¿Por qué, pues, os obstináis en seguir ese fantasma que se os escapa siempre? Hijos de los hombres, alzad los ojos; solo el astro de la esperanza puede alumbraos y conducir os allá arriba en aquellas regiones eternas donde os han precedido vuestros hermanos y, adonde os llama Dios, es donde mora la verdadera felicidad. Pero para alcanzarla es preciso pelear, es preciso sufrir.

¡Oh! vosotros los que triunfáis en el cielo, rogad por nosotros. Allí están sumergidos en un abismo de fuego y atormentados por horribles martirios. ¡Oh! si nos fuera dado oír sus amargos gritos, ¿á qué alma no enterpenencia su suerte! ¿quién podría rebusar una gota de agua á su sed, y no afanarse por aplacar á fuerza de oraciones y de buenas obras al indignado Señor que los trata con tanta severidad? Pero todavía sus gritos no son de rabia, ni su dolor raya en la desesperación; no sé qué dulce melancolía se mezcla á sus gemidos: se conoce que no está escrito sobre la puerta de esa horri-

ble prisión: *Dejad aquí toda esperanza!* Si la esperanza, celeste mensajera, guarda su divino bálsamo en el fondo del amargo bafio de que se abrevan, una brillante perspectiva les aparece mas allá del horizonte infamado que los rodea. Algun día verán cara á cara al que desean; á aquel hácia quien tienden sus ardientes suspiros; algún día entrarán en aquella ciudad radiante de hermosura, hácia la cual se abalanzan con ímpetu. Pero entre tanto, sufren cruelmente y ruegan á sus hermanos de destierro que abrevien su martirio.

Nosotros que todavía podemos merecer, rogüemos por ellos!

Mas allá de los brillantes globos que giran sobre nuestras cabezas, habitan los alcázares del Rey de gloria. Los soles creados no señalan allí los días ni las noches; el tiempo no mide allí la vida con sus avaras manos. Ni la muerte, ni el luto, ni los gritos, ni el dolor tienen entrada en aquellas sublimes regiones, donde solo reinan una luz sin sombra, la vida en toda su plenitud; la felicidad con todas sus delicias; apenas pueden comprender que los días tan breves de su destierro hayan producido una cosecha tan abundante de gloria, y su gratitud se exhala en torrentes de amor en el seno del Dios tan magnífico y tan grande en sus promesas. Sin embargo, en su venturosa morada no olvidan á sus hermanos de destierro; á todas horas los excitan, los llaman; les muestran la corona reservada á los que pelean con valor.

Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

III.

Su suerte es incierta; caminan rodeados de una densa polvareda que levantan sus pisadas. Su horizonte es oscuro, su luz es pálida y dudosa; la esperanza va siempre mezclada para ellos de inseguridad, y la alegría de tristeza. Algunos han dicho: ¿Hay un Dios? ¡qué hallaremos al otro lado del desierto que poblamos por algunos días! Nadie lo sabe. Y se durmieron en un culpable sueño cuando era preciso orar y velar. Muchos profirieron las fatídicas dulturas del destierro al amargo maná de la esperanza. Otros, pero en corto número, fijaron sin mirada en la cruz, y caminaron con valor á la luz de aquel astro austero, hácia el término señalado de lejos á sus ojos empapados en llanto. ¿Cuántos llegaron sin tropiezo al cabo de la carrera? Solo Dios lo sabe; pero ¡ah! cuántos se extraviaron y desfallecieron.

¡Oh! vosotros los que triunfáis en el cielo, rogad por ellos! Toda incertidumbre ha desaparecido de su vista; han tocado el límite que separa al tiempo de la eternidad, y la irrevocable sentencia ha caído sobre ellos. Almas fieles, ¡por qué esos gritos de angustia y esos amargos latidos! Dejad pasar algunos días de dolor, y poseeréis en fin y para siempre ese bien tan apetecible; objeto de todos vuestros deseos. Pero ¡ay! ¡cuán largos son esos días que los separan de la eterna belleza que conocen demasiado pa-

ra no desealarla con ardor, y sufrir, sufrir horriblemente por su ausencia hará prolongada. ¡Cuán dura cosa es abalanzarse con irresistible ímpetu hacia un objeto tan halagüeño, y caer sudando bajo la privación y el dolor! Y luego, nuestros ligeros padecimientos pueden siquiera dar una idea de los indecibles tormentos que los devoran! *Tened compasion de nosotros, tened compasion de nosotros, exclaman: ¡oh! nosotros á lo menos que nos amábais en la tierra, porque la mano del Señor ha probado sus iras en nosotros!*

¡Nosotros, que todavía podemos merecer, roguemos por ellos! Todo enigma está explicado, todo velo está descorrido ante sus ojos satisfechos. Ellos penetran con delicia en las sublimes profundidades ocultas á nuestras débiles miradas; ya acabaron aquellos misterios infinitos que envuelven nuestra razon oscurecida y nuestros sentidos estúpidos: todo se ha despejado y embellecido para ellos á los rayos de la verdad eterna. Ya son señores de los cielos, de los espacios, de las estrellas, y lo creeríamos? esas bellezas que arroban nuestros ojos deslumbrados, que medio comprendidas nos proporcionan ya tan dulces goces, son la infinitamente menor parte de su inagotable felicidad. Ellos contemplan, disfrutan, saborean con delicia la belleza increada, por ella y en ella descubren, pero en su primitiva pureza, todas las bellezas creadas. Y nada, ¡oh delicioso pensamiento! ¡oh colmo del delirio! nada podrá alterar jamás aquel sentimiento uno, lleno, inagotable, infinito de la hermosa suprema; nada, ni aun la eternidad!

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

IV.

Pero su vida de destierro será breve. Cada instante se lleva una porción de su sustancia mortal, flacos edificios que mina insensiblemente la mano del tiempo. Todos, cada cual siguiendo su direccion y en su senda, tienden á la eternidad, con la rapidez de los arroyos que se precipitan en sentidos diversos hacia el Océano, solo que la hora fatal que debe entregarlos á sus eternos destinos permanece desconocida: la muerte, que siempre tiene suspendida su gadaña sobre las cabezas de todos, avanza con callados pasos, y siempre, iniquos peregrinos, deben estar con los lomos ceñidos y las sandalias en los pies, prontos á partir. Y por esto importa poco que su vida sea larga ó corta, ilustre ó desconocida, risueña ó triste, pues que la muerte debe pasar su rasero sobre todo, pues que el tiempo se lleva con la misma rapidez las penas y las alegrías, pues que la vida mas larga no es mas que un punto imperceptible en la eternidad.

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por ellos!

El término de sus padecimientos está fijado, pero acaso ignoran cuándo se abrirán delante de ellos las puertas de sus ardientes hogares. Arrastrados por

la impotencia de sus deseos, con una rapidez que no ignita la de la flecha, se estrellan á cada instante contra las paredes de su cárcel, semejantes al águila cautiva que se lanza á volar esperando romper las rejas de su jaula. ¡Inútiles esfuerzos! Todo se lo volverán, hasta el último óbolo, al severo acreedor á quien debemos cuenta y ante quien no puede entrar nada que esté manchado. Un mar de azufre y de betún, inextinguibles ardores, violentos deseos, la mas cruel privación, y sobre todo el apartamiento de su Dios, todo esto los abruma sin tregua y á la par hasta el dia señalado por la misericordia, y que solo nuestras oraciones y nuestras obras pías pueden acelerar.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos y suframos por ellos! Su felicidad no acabará. Mil millones de siglos se habrán sucedido en el abismo de la eternidad; todos los cielos, todos los espacios, todos los mundos habrán pasado, antes de que su ventura haya sufrido la mas leve alteracion ó dado un paso hacia su fin; ni siquiera hay para ellos sucesion de felicidad, continuacion, duracion de existencia; todo se pierde en la posesion presente del soberano bien, posesion completa, sin nubes, sin restriccion, sin limite, y que se resume en esta deliciosa palabra: ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Oh misterio inexorable para nuestros entendimientos limitados! ¡Oh sublime plenitud de contento, de paz y de delicia! Revelanos solamente un rayo de tu misteriosa belleza; dejá penetrar hasta nosotros un reflejo de tu infatigable esplendor, para que los pobres viajeros de la tierra cobren alientos para que nunca se dejen vencer por las tentaciones ó la debilidad; y antes bien caminen con paso firme hacia el término donde los aguardan sus hermanos.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

¿Quién les ayudará á vencer las tentaciones y los bastos? ¿quién tenderá á su debilidad una mano propia, recominará su valor exáctimo y sus fuerzas agotadas? Vosotros solos, venturosos moradores de la ciudad santa; podéis guiarlos y sostenemos en este peligroso viaje. ¡Ah! si la celestial aureola que hoy vuestras frentes, si felices navegantes habeis arribado al puerto, ¡oh! tendréis á los que habeis dejado luchando con las olas y las tempestades? ¡Acordaos de vuestros dias malos, de vuestras hornas de angustia, de vuestras amargas tribulaciones! acordaos del peso de miseria que habeis arrastrado víves que nosotros, y que acaso tantas veces os confundió el desaliento en el corazón. Derramad sobre nosotros un poco de esa fuerza que os prodigó el cielo, y abreviad ó mitigad á lo menos para nosotros las larguras de este triste destierro. ¡Soñad miembros de vuestra gran familia, y tambien nuestros puestos están señalados en vuestras gloriosas filas.

¡Oh! ¡vosotros los que triunfais en el cielo, rogad por nosotros!

¿Quién hará descender á esos horribles traseros los consejos de la esperanza? ¿quién derramará el rocío á esas abriedades gargantás? ¿quién arrancará